

LECTURAS Y SUGERENCIAS

APOCALIPSIS HISPANICA de Máximo José Kahn. (Ed. América, México, 1942).

Muchos libros, libritos y librillos son publicados con la pretensión de sorprender parte de los rasgos íntimos e intransferibles que constituyen el mosaico y la sinfonía del alma hispana fundamental y primigenia, pero —excepción de las excepciones— apenas si tocan lo pintoresco, lo anecdótico, la simple apariencia colorista; todo ello en estilo medio peliculero, románticoide e inconsistente. Sin embargo, suele aparecer alguna obra que salva a España del reguero de deformaciones tan socorridas a propósito de ella, sobre todo en estos tiempos en que la frivolidad nativa —pensamos en nuestros países— padece una suplantación de su genuina raíz hispánica, por la acogida de modos y modas, adoptados sin criterio selectivo de cierto país legendario y reclamadamente progresista.

Para quienes deseamos un futuro más digno y, en verdad, libre de estas naciones latinoamericanas, hasta hoy suculentas factorías de hábiles mercaderes, el conocimiento y reconocimiento de nuestra vertiente peninsular aparece a manera de imperativo urgente e impostergable; nada nos esclaviza tanto a fórmulas y destinos social y racialmente extraños, como la ignorancia de nuestras propias modalidades originarias. Y esto

es lo que nos sustenta en la búsqueda de veracidad y honradez sobre España, de la España tan calumniada y esclavizada por el espíritu clerical y sectario.

Hoy hemos podido leer y decir que se nos dió una lámpara más para este viaje, en el libro de Máximo José Kahn: *Apocalipsis Hispánica*. Leyéndolo y releéndolo, nos aclaramos y desciframos numerosos enigmas que sentíamos fluir en nuestro seno espiritual y social; también hemos sido lanzados hacia una revisión de nuestras opiniones acerca de lo español y lo hispanoamericano, histórica y psicológicamente hablando. Porque multitud de cosas oídas y sospechadas, aun medio o casi dichas, sobre el alma española, se concretan y explican aquí con hidalga seriedad y amplitud de miras, a través de madura y directa información.

Ocho ensayos cabales —aparecidos hacia 1930, en la Revista de Occidente— integran el texto de esta *Apocalipsis Hispánica*; su orden es así: el individualismo, el amor, el señorito, el judaísmo sefardita, el cante jondo (canto del día bueno, yom tob, y no canto hondo), la política, la pureza y el memento mori. Son ocho pinceladas de rara pulcritud y solidez intelectual, muy de

extrañar en esta época de mistificaciones; la destreza especulativa de un ensayista avezado y la desenvoltura estilística de un dominador de su idioma las preside.

Si nos fijamos bien en los títulos, vemos que los temas no dicen relación con esas facetas clásicamente tratadas por los libros a propósito de Iberia: las posadas, las aldeas y pueblecitos, los modos de vestir, escenas del cultivo de la aceituna y varias otras exteriores manifestaciones, sin penetrar en el tabernáculo mismo del hombre, más preciso: del hombre español. El interés por el hombre ha padecido una especie de suplantación, ocupando su lugar la mecanización y el automatismo utilitarios, la mayor o menor abundancia de utensilios y elementos culinarios, las genuflexiones frente a los instrumentos de dominio material, en suma; hecho notabilísimo en Europa, los Estados Unidos de Norteamérica y sus epígonos de los Estados Desunidos de Hispanoamérica, que hoy disfrutan el sarampión de tales idolatrias.

En el caso de España, hablando de esta referencia a fuerzas ciegas e insensibles para el perfecto cultivo de la persona humana como tal, el problema de someter al individuo para ofrendarlo en sacrificio a los poderes abstractos del Estado y sus tentáculos se contrarresta mediante una cualidad de raza exclusiva: el personalismo recio y orgulloso de ser ejercitado, que imanta toda la psicología hispana, desde el joven seno materno hasta la senectud plena. Ningún pueblo siente como éste el verdadero y efectivo respeto por la formación individual, aquí no es empresa oficial reconocer los famosos derechos del niño; ninguna madre como la española deja hacer a su hijo en los asuntos que a él le son privativos por su edad y desarrollo psíquico y físico, porque la madre española no se transforma en una domesticadora de él para discutibles posibilidades y posiciones sociales.

como hacen las dotadas de acentuadas tendencias colectivizadoras. En ningún pueblo como en España se da tan auténtica admiración y estimación por el niño que se pone a explorar su mundo y el de todos con sus propios recursos; y esto se extiende al curso total de la existencia humana, porque así como el español no acepta las imposiciones a su persona, tampoco gusta de aplicárselas a los demás. Nada de ese individualismo o personalismo obstruye el trabajo en colaboración, lo que obstruye es el anulamiento de cada hombre en sus peculiaridades y la transformación de un ente vivo e integral en simple tornillo colectivo.

Volviendo a lo de fijarnos en el título de cada ensayo, tenemos que se nos sitúa y conduce a través de las manifestaciones e intimidaciones del hombre español, que se va derecho a un asunto siempre soslayado, aunque siempre voceado y en apariencia de ser sometido a un riguroso y afinado estudio y análisis.

Máximo José Kahn penetra en la hispanidad por el único camino que en este singular fenómeno de España puede ser fructífero de modo superlativo, en todos los demás casos lo es también; penetra desde el ángulo humano estricto y definido, parte desde el hombre y sus atributos, así le es fácil internarse por ciertos recovecos y matices pocas veces precisados, y apenas entrevistos en pasajes breves de Unamuno y Ortega y Gasset, por ejemplo, que en muchas de las páginas excelentes de sus grandes atisbos han puesto la proa hacia el corazón de su país. El autor de *Apocalipsis Hispánica* aplica su mirada y, su bisturí al hombre español concreto y contradictorio, que al fin de cuentas, no es tan contradictorio como se dice, sino de estructura distinta y de elevada complejidad frente al de otras razas; su calidad de concreto sí que no se le puede discutir, en el sentido de permanente vigilancia sobre sí mismo y su posición en la vida y ante la rea-

lidad exterior, algo no regido por racionalismo más o menos premeditado, sino por energías pasionales específicas, ni asimiladas ni entendidas por quienes, con estricta vinculación hereditaria, no participan de su vitalidad.

Para el español, como para cualquier ser humano, el amor se presenta al debido tiempo, si es que al amor se le pueden fijar límites y cánones temporales, pero el hombre ibérico lo llena y lo realiza con un contenido diametralmente opuesto al de la generalidad de sus prójimos. Los elementos visibles y sensoriales con que lo nutre reciben de Máximo José Kahn la denominación genérica de lo cursi, dejando a la expresión su valor corriente, mas no dándole el tono peyorativo: lo aparente, lo teatral del amor, viene a ser la epopeya de lo cursi, porque el hispano utiliza en ello todas esas denominaciones y representaciones de objetos, plantas o animales que lo circundan, en su existir familiar y cotidiano, porque eso gravita de continuo en su alma y ésta lo somete a su control; es la manera de un egocentrismo innato y espontáneo, al igual de la coquetería femenina en todos los pueblos y edades. Los motivos, el drama subjetivo de ese amor lo sustenta la intuición de que él consiste en un torneo de mutua fascinación y conquista, no de sojuzgamiento; el español quiere imponer sin coerciones ajenas a sí mismo, sabe y se complace en hacer obra de prestidigitador del alma de su amada, tampoco ignora que en la empresa fracasará en cuanto sus potencias vacilen, y para eso no han de faltar oportunidades: los noviazgos durante años, la mayoría de las veces . . .

El señorito es una modalidad humana privativa y fatal de España, del modo que son una fatalidad los artistas y pensadores en todas partes, es decir, el señorito nace como el poeta, el músico, el pintor, etc.

Nadie puede tratar de hacerse señorito ni dejar de serlo si ha nacido tal; el señoritismo es una casta en que no caben advenedizos ni camaleones. Naturalmente que al señorito se le llama y califica de haragán, vagabundo, desvergonzado y con otros piropos con que las gentes laboriosas y aprovechadas honran a quienes no se enrollan en sus pacíficas filas; pero las mismas gentes que apodan despectivamente al señorito le dejan estar y cultivarse, hasta lo miman, sin advertirlo ni proponérselo, desde luego. Según la Apocalipsis Hispánica, el señoritismo, que sólo se muestra y prospera en individuos muy raros, representa algo así como las energías jóvenes y disponibles de la hispanidad, y en cada español late silencioso; este señoritismo ha permitido ese despliegue de aptitudes heroicas frente a las balas y el destierro padecido por la España más española. El ensayo que comentamos representa un magistral ingreso a riquísimas vetas espirituales de esa nación, y el punto de vista y las conclusiones se fundamentan con inigualada perspicacia y ecuanimidad.

El judaísmo sefardita y el cante jondo abordan el aspecto de las expulsiones y arbitrariedades del fanatismo de la Inquisición, en el primero el proceso histórico y racial y sus repercusiones en el país; en el segundo, las peculiaridades que en el arte musical engendró aquello; mejor diremos que sintetizan las modificaciones que en el todo de España gestó el judaísmo y su influencia económica e intelectual. Páginas de cálida y trágica verdad humana, sin quejas ni murmullos ni recriminaciones, sí de serena exposición.

En la política el hombre español se comporta fiel a su individualismo y su síntesis étnica, es reacio a las aglomeraciones multitudinarias y a la adhesión ciega e incondicional exigida por el caudillismo y cualesquiera otra de las formas políticas

requieren la pérdida del personalismo. Su constitución natural lo hace un político nato, pero ese ejercicio de tales aptitudes ocurre al margen de las anulaciones de discrepancias en el parecer y el actuar que impone esa función humana; él no entiende sino de un asunto estrictamente individual y subjetivo, lo afronta en plenitud de sus fuerzas egocéntricas y sociocéntricas; no toma la política como método traspersonal ni internacional de influjos; de ahí que ella no se caracteriza por universales y humanitarios problemas de avenencia entre naciones. Pero en tal caso no se refiere el autor a los políticos oficiales y sus secuaces, trátase del comportamiento que cada hombre ibérico no barnizado ni embotado por convencionales protocolos adopta en dicha fase de su mundo.

La pureza y el memento mori corresponden en mucho a lo que se ha llamado la agonía, el senequismo, el sentimiento trágico de la vida sufrido y cultivado en las entrañas hispanas; no son ellos un estado perfecto o definitivo del alma, equi-

valen a un permanente e inestable afán de lucha por la depuración personal, aun a sabiendas de que ni esa pureza ni ese memento mori significan una etapa final e inapelable. En la pureza se lucha porque no se debe aceptar ni es aceptable el quietismo, en el memento mori se batalla y se prepara para el instante de libertarse de las preocupaciones de acá del misterio de la muerte, y es a ésta a la que el hombre español dispone su espíritu durante su memento mori, que es una actitud dinámica y vital en el transcurso de todos sus años y peripecias.

Valga este mínimo esquema por un simple intento de llamar la atención de los lectores hacia la **Apocalipsis Hispánica**, a la cual sólo pudiéramos compararle ese libro también notable: **España Virgen**, de Waldo Frank, aunque debemos agregar que en muchos aspectos es inferior al de Máximo José Kahn, bien que no enfoca la realidad española desde los mismos ángulos ni con parecido espíritu filosófico al puesto en la elaboración de **Apocalipsis Hispánica**.

LA ABOLICION DE LA ESCLAVITUD EN CHILE de Guillermo Feliú Cruz. (Ediciones de la Universidad de Chile, 1942).

En un texto de buen formato, tipo y papel, aparece este estudio histórico y social de Guillermo Feliú Cruz, y lo dedica a un su amigo, en recuerdo de los felices días de estudio que transcurrieron para ellos en la Biblioteca del Instituto Nacional. Esto nos trae a la memoria el hecho de que el grande e inolvidable don Diego Barros Arana, inteligencia fina y sensibilidad despierta, se esforzó por incrementarla con bienes de su propio peculio y colecciones de obras y documentos históricos únicos en su género, que la transformaron en la más completa de Chile y la segunda de Sud-América en riquezas para la historia, y nos trae también a la mente,

quizá por contraste, el hecho no menos curioso de que muchas de esas colecciones y documentos se desbarataron, cuando se le disminuyó el local para hacer una cancha deportiva y fomentar los ejercicios físicos. Eran los días del señor Carlos Ibáñez y regentaba ya el colegio quien todavía lo hace, un señor de nombre Ulises Vergara. Yo no sé si esto formará parte de las tradiciones del Instituto, cuando se escriba su historia.

Concretémonos, tras la fugaz digresión anterior, a **La Abolición de la Esclavitud en Chile**. La introducción nos explica: "Las páginas que siguen narran, de la manera más objetiva posible, sobre la base de un

abundante material de documentos ordinariamente inéditos o desconocidos, un hecho histórico de la evolución social chilena, que honra al país, enaltece a los individuos que lo concibieron y llevaron a cabo, y que colocó el nombre de la República, cuando todavía apenas nacía a la vida independiente, en el lugar de la segunda nación del orbe que abolió la esclavitud. Dinamarca fué la primera que, en 1792, abrogó para siempre jamás en sus dominios el tráfico de los esclavos y de la trata de negros. (Pág. 3).

Hablando con rigor, se distinguen en la obra tres partes bien diferenciadas y articuladas por cierta comunidad de ambiente y motivos; si se las separase, ninguna de ellas perdería su integridad y sentido, aunque juntas ganan una mutua claridad y permiten el mejor aquilataamiento de sus temas. La que da el título al libro es una, otra la denominada *Un mulato ilustre: José Romero* y el apéndice: *Un esquema de la evolución social de Chile en el siglo XIX*, la última. Las completan notas bibliográficas de documentos y obras, por más de medio centenar de páginas, y un número de 47 láminas relativas a personas, manuscritos, impresos y monumentos, todas ellas de gran visibilidad y elegante reproducción.

Guillermo Feliú Cruz nos obsequia en *La Abolición de la Esclavitud en Chile*, piénsese en la parte primera de las ya distinguidas, un cuadro sobrio, liviano y de amplia sencillez expositiva, sin enredarse ni recaer en las trampillas del amontonamiento de datos inasimilados y heterogéneos, a que se aficionan tanto nuestros publicadores de escritos sobre historia nacional, provocando la huida y el aburrimiento de quienes gustarían discurrir por esos predios, sin el interés del especializado.

Se destaca desde el comienzo, y con fácil nitidez, el antagonismo político que originó la Primera Junta Nacional de Gobierno, entre al-

gunos de los criollos por un lado y los restantes junto a los peninsulares, por otro; el análisis y explicación de las diferentes actitudes se presenta con una coherencia y una destreza singulares, sea de las ideas y su modo de entenderlas, sea de los individuos y su reacción ante los hechos. Tenemos totalmente logrado este paralelismo confrontativo en el período en que se afronta sin amajes la abolición de la esclavitud, que se inició por decretar la libertad de vientres; con anterioridad, 1811, se libertaba a los esclavos que luchasen al lado de los revolucionarios. Y es de alabar cómo Feliú Cruz presenta las opuestas ideologías e intereses frente a tan magno problema, así como los móviles sociales e intelectuales que giraban en torno.

Hombres que se distinguieron en defensa de la tendencia abolicionista fueron: Manuel de Salas y el tribuno José Miguel Infante, que representaban los intereses de los criollos radicales y se agrupaban en el Senado Conservador; entre quienes la resistían: Ramón Freire y Mariano Egaña (su padre tuvo mayor visión y aceptó, al fin), interpretando las conveniencias de pelucones y moderados, formaban el Ejecutivo. Diego José Benavente, desde su cargo de Ministro de Hacienda y partidario de los primeros, presionó al Ejecutivo para que cediese. El proyecto de ley de abolición de la esclavitud definitiva lo propuso el Senado Conservador el 23 de junio de 1823 y se promulgó en calidad de ley el 24 de julio del mismo año, muy a pesar del Ejecutivo.

Pero lo grave y violento no residía tanto en la lucha de los dos poderes públicos opuestos, sino en las maniobras e influencias ejercidas por los esclavistas y las dueñas de casa, que no dejaban de perder con la reforma; esto originó tumultos ficticios y una serie de peticiones atrevidas y divertidas. Escenas de la vida familiar y social alumbran el por qué de esas dificultades,

y Guillermo Feliú Cruz nos informa de ello con un ligero sabor de novela, si se puede atribuir tal calidad a una representación histórica dinámica y ajustada en todo a las imposiciones de las fuentes.

En el capítulo décimo: **Un mulato ilustre: José Romero**, se tiene ocasión de informarnos respecto a las andanzas y trajines políticos y guerreros en que participó ese personaje, cuya fatalidad étnica no le obstruyó un rol valioso en las cosas de la independencia —su padre, un señor oligarca distinguido; no se le nombra—. Hombre de intelecto agudo y sentimientos humanitarios fué este mulato José Romero, que actuó junto a Carrera y supo reconocerle sus condiciones de caudillo y organizador.

Aquí se nos proporciona una nítida y sencilla página sobre el modo en que se producía la mezcla entre esclavas y patrones: “En la juventud, cuando eran las “chinitas” o las “recaderas”, fueron no pocas veces las huríes ocasionales de sus “amitos”, los hijos de los patricios. Y la descendencia habida de esas uniones clandestinas, rara vez llegó a trizar el vínculo de estimación entre el señorito y la esclava. Al contrario: hacía lo más poderoso todavía. En el patrón pesaba una carga dura de conciencia, y en la esclava, entregada por un capricho del amo, el respeto, la admiración por el hombre que la poseyera. Todo eso en silencio, como lo imponía la distancia jerárquica. Un secreto, que era una lápida, cubría el desvarío del señor, anudándose así la lealtad de la esclava. El fugaz amante pagaba esa abnegación con su ayuda. El hijo engendrado por esas pobres mujeres, algunas muy hermosas y de graciosos ojos y de espléndidos cuerpos, no abandonaba la casa en que llegara al mundo... Los padres del joven que había burlado a la “chi-

“nita”, hacíanse cargo cristianamente de este fruto. Era cierto que quedaría como un ser ignorado para toda su vida. Nunca sabría de su padre. Pero se le proporcionaba un oficio, se le enseñaba una artesanía. Luego se empeñaban en reparar el daño que el señorito había causado. Casábase a la esclava con alguien de su linaje, y, organizada así ya la familia, las hijas mujeres aprendían el oficio de la madre. Eran las “dispenseras”, las “llaveras”, las “costureras”, las “dulceras”, las “cuidadoras de niños”, hasta que los años las convertían en las clásicas “mamas”. Desde entonces quedaban adscritas a la familia patricia. En todo eso había mucho de un régimen patriarcal, en el que predominaba, sin embargo, una gran severidad”. Págs. 188-190. Bien que, en gran parte, no varía la situación actualmente, el latifundio conserva vivas herencias de esa índole.

José Romero intervino en las buenas y malas que pasaron los patriotas en Chillán, el Roble y toda la serie de batallas que afianzaron el triunfo de la idea independizadora: su actuación tuvo rasgos de generosa valentía e intrépida audacia. Feliú Cruz abre una puerta para quienes deseen bucear las vidas de esa gente anónima o semianónima que participa en el desarrollo de la historia chilena. Y este esbozo es digno de permanecer.

Y, por último: **Un esquema de la evolución social de Chile en el siglo XIX**. Compendiado ensayo de delinear y reestructurar las características morales, religiosas, culturales, económicas y políticas que sintetizan el fenómeno social del país en el pasado siglo. Bien proporcionado en sus partes y de clara e inteligible fundamentación en sus líneas generales. Pero es necesario que el autor se tome el trabajo de llevar a cabo la ampliación y profundización de ese asunto en sus dimensio-

nes todas, es decir, publicar un libro a base de tales apuntaciones.

Porque vemos la urgencia de que alguien emprenda un estudio exhaustivo y crítico, animado e imparcial de tan sugerente hecho; es cierto que se han publicado esbozos

notables, mas no pasan de eso: esbozos. Anotaremos el muy perspicaz de Carlos Vicuña, en las 43 páginas iniciales de *La Tiranía en Chile*, libro tal vez apasionado, pero sí de agudas incursiones en los entretelones de nuestra vida pública y sus intimidades.

SANTIAGO ARCOS ARLEGUI Y LA SOCIEDAD DE LA IGUALDAD de Julio César Jobet. (Editorial Cultura, 1942).

A fines de diciembre apareció esta publicación, que tiene por subtítulo: *Un socialista utopista chileno*, y en la cual se emprende la tarea de hacer luz sobre la personalidad de un activo ideólogo y revolucionario de los tiempos de Lastarria, Vicuña Mackenna y Francisco Bilbao, de quien fué compañero en la fundación de la Sociedad de la Igualdad, en la que Arcos desempeñó un papel mucho más importante del hasta hoy reconocido. De Bilbao queda la impresión de haber sido una fuerza espiritual sin oportunidad de total madurez ni enraizamiento en su medio; de Santiago Arcos Arlegui, en cierto sentido, es posible afirmar lo mismo; aunque no poseyendo el brillo tribunicio de su grande amigo, presenta rasgos de mayor sazón interior.

Julio César Jobet pone a su obra una introducción muy extensa, sesenta y dos páginas en apretada tipografía, y, lo que más asombra, de una enjundia y energía sintética nada común entre los autores que recién se lanzan a la publicidad en Chile, ni siquiera entre nuestros sesudos y proyectos enamorados de los anales patrios, que generalmente ignoran el arte de las proporciones y la amenidad y nos apabullan con unas moles gigantescas. Porque el libro del cual nos ocupamos —y se habrá advertido— hunde sus raíces en una de las numerosas anécdotas de nuestra existencia de nación independiente. La dicha introducción lleva como epígrafe: *Chile de*

la Colonia a la República, y toca puntos tan debatidos como el sistema de conquista y colonización española en Chile, y sus consecuencias; la cuestión de las platónicas Leyes de Indias, que los humanísimos antepasados peninsulares nunca se creyeron obligados a cumplir ni al pie de la letra ni a su antojo su lema tuvo que ser: “se acata, pero no se cumple”, siempre la realidad destruye las legalidades dictadas sin poderes coercitivos eficaces; las causas económicas y sociales —más económicas— motivadoras del movimiento emancipador, de las sociales los mayorazgos y la Iglesia son apreciables; la dictadura de O’Higgins; la lucha de pelucones y pipiolos; Portales y el movimiento intelectual de 1842 y el renacimiento del liberalismo, junto a muchas que nos dejamos atrás, se articulan y desmenuzan en esta introducción.

Se pensará que esto de las introducciones a libros de carácter histórico o biográfico se resuelve fácilmente con una buena dosis de paciencia —en lo que la naturaleza ha sido pródiga a nuestros investigadores— con normal sentido de disposición de los datos y con un estilo correcto, que ya abunda menos; sin duda que con tales dotes se soluciona mucho, pero ello no basta, si hemos de abandonar la imagen y concepto de la historia como mero resultado del mejor o peor orden de las fichas. Pues bien, poseyendo esas cualidades quien escribió esto —porque se las descubre en la bibliografía

fía y referencias— les agrega independencia de criterio, puntos de vista personales, seguro dominio de las generalidades fundamentales y sinceros esfuerzos por alumbrar y rectificar opiniones precipitadas o desprecupadas a propósito de hombres, hechos y situaciones colectivas o individuales que caen en el período de los aborígenes al renacimiento del liberalismo. Los alcances más profundos y decisivos son hechos al señor Domingo Amunátegui Solar, por ciertos pasajes de "La Sociedad de Santiago en el Siglo XVII". Escribió Julio César Jobet: "Está casi de más subrayar la enorme confusión del señor Amunátegui al suponer que el régimen feudal implantado por los españoles en América, pueda ser tildado de socialismo de Estado. Tal afirmación supone sencillamente desconocer el contenido de uno y otro sistema. Y, desgraciadamente, es la opinión que uno se forma al leer los juicios del mencionado historiador, por lo demás merecedor de nuestra alta estima por otros diversos conceptos". (Pág. 34, nota. No escasean estas consideraciones, siempre serenas y prontas en reconocer los méritos y aciertos de quienes las originan; hechas con verdadero ánimo de aclarar y disponer rectamente lo que a juicio del autor no presenta esas cualidades. Y se cumple gallardamente tal designio.

Después de este preludeo ambiental, vienen los capítulos que nos acercan a Santiago Arcos Arlegui y su tiempo, su momento político y social, sus concepciones religiosas, sus ideas sociales, económicas y los episodios salientes de su existencia.

Santiago Arcos fué hijo de un español que consiguió captarse las simpatías de los chilenos, no obstante el clima de suspicacia y las recientes luchas armadas; pero este señor se dedicó a grandes negociados, obteniendo cuantiosa fortuna, a la sombra, en los de marca mayor, del

ministro Rodríguez Aldea, protegido y predilecto de Bernardo O'Higgins, quien padeció mucho de su caída por culpa del dicho Rodríguez Aldea, miembro activo y voraz en las ganancias a costa del erario nacional. Esto prueba que tal vez es fatal que en nuestros países (quizás en todos) haya ministros, ministritos o ministrillos, que caen muy en gracia a su jefe superior y perduran en sus puestos a pesar de la resistencia de la ciudadanía y de los perjuicios que le causan a ésta, a menudo por testarudez o simple vanidad. Es un peligro referirse a las aptitudes para sus funciones públicas.

El protagonista de este libro nace en Santiago de Chile y es educado en Francia, adonde el señor su padre prefirió disfrutar su fortuna. "Sólo se sintió inclinado a los estudios sociológicos, económicos y políticos, leyendo cuanta obra de filosofía social y política se publicaba en aquellos tiempos". Pág. 87. Pasados los veinte se quedó en Chile, y trató a Sarmiento, Barros Arana, entre otros, y a Vicuña Mackenna, éste da juicios contradictorios sobre su persona, aunque se imponen los favorables, de esta clase son los de los dos primeros amigos citados. Arcos Arlegui ingresa al movimiento liberal y desde ahí planea y organiza con Bilbao, principalmente, la Sociedad de la Igualdad, en la que llevó los hilos básicos.

Esta Sociedad contribuyó a divulgar un nuevo espíritu político y a difundir los rudimentos de la enseñanza obrera; políticamente se manifestó enemiga de la candidatura Montt y la oligarquía; el gobierno la clausuró en vista de que salían de ahí muchas vetdades y el movimiento crecía cada vez más. Un sargento de apellido Jara ejecutó la orden de clausura: los sargentos han intervenido con singular asiduidad en los negocios públicos de Chile, por lo demás.

El triunfo de Montt engendró el destierro de Santiago Arcos al Perú,

con motivo de la revolución de 1851, en la cual la Sociedad de la Igualdad actuó bastante; las opiniones que a nuestro hombre merece el sistema gubernamental y la persona de Montt, muestran poco favor a ellas, sobre todo la afición a las facultades extraordinarias; herencia que se ha transmitido a lo largo de nuestra política y que no sirve sino para solemnizar o dar aspecto de solemnidad a las cosas ordinarias, a juzgar por lo que llamamos realidad.

Y finalmente está el capítulo relativo a las ideas políticas y sociales de Arcos; aquí Julio César Jobet

demuestra notables condiciones de exégeta y expositor de los pensamientos ajenos, en el sentido de coger lo medular de ellos y sólo lo que vale destacar por decisivo. Ciertamente un acierto es este capítulo.

Esperamos que este joven escritor persista en sus estudios sobre temas históricos con la misma altitud de miras con que se manifiesta en el presente, y sobre todo con esa valentía que lo hace corregir sin apasionamiento las múltiples cosas superficiales o parciales que se han escrito de la historia chilena.

Germán Sepúlveda.

“NUESTROS ALUMNOS” de Moisés Mussa B. (Ed. Mentor, 1943).

En un libro pleno de valiosas sugerencias, el profesor Moisés Mussa ha vertido su experiencia pedagógica, ofreciéndonos una serie de conocimientos útiles en la educación del niño, del adolescente y del adulto.

Acaso nadie más autorizado que este profesor chileno para tratar tan delicado tema.

Comienza el prof. Mussa desbrozando el concepto general del término educar, término difícil de captar en una sintética definición. Y así, —al través de las múltiples definiciones que sobre este término han dado figuras como Platón, Aristóteles, Comenio, Kant, Spencer, Rousseau, Emerson, James, Thorndike y Dewey— llega a la conclusión de que todas las concepciones sobre el término “educar” coinciden en reconocer el hecho de que la educación consiste en efectuar modificaciones o cambios mejorativos, con una finalidad elevada de bien individual o social.

Desde la familia —célula social— hasta la Universidad —cúspide de la educación sistematizada—, el proceso educativo se desenvuelve ininterrumpidamente, creando en el individuo una serie de nuevas actitudes y experiencias que le permitirán encontrar un sendero seguro en

el bosque de la vida. La educación —sea ella doméstica, espontánea o sistemática— es un sendero, un camino que impide al sujeto extraviarse en la jungla ambiental. Esta idea de sendero para la educación la encontramos en todas las civilizaciones: desde la china a la griega . . .

Pero, junto a la educación hay que colocar la herencia. Ambos hechos son inseparables. La educación no puede ir más allá del material humano con que cuenta. La educación —cual delicado artifice— coge la pasta humana y la moldea, la retoca, la pule . . . Pero no puede ir más allá, no puede crear una nueva naturaleza. Ya lo dice el sabio apotegma: “Quod Natura non dat, Salamantina non praestat”.

El muchacho que llega a la escuela es un mosaico de caracteres. En él se resumen siglos de evolución. Por esto, cada educando es un mundo propio con particularidades anatómicas, fisiológicas y psíquicas. El papel de la educación es, pues, modificar y anular, si es posible, los malos efectos de la herencia y cultivar los buenos. Y aquí salta la pregunta: ¿puede la educación favorecer el desarrollo de una raza mejor que la actual? El profesor Mussa responde diciendo: “A la educación no le es posible modificar perma-

mentemente una raza, aunque sí puede afectar profundamente a una generación determinada”.

Y así como la educación es incapaz de crear una naturaleza distinta que la que traemos al nacer, así también el medio ambiente no puede modificar los rasgos esenciales del individuo.

Otro capítulo importante de la obra “Nuestros alumnos” es el que se refiere al “Sujeto de la educación” —niño, adolescente, joven o adulto—. Es necesario advertir que el hombre —en cualquiera etapa de su vida— es un sujeto de educación, ya que todos estamos inmersos en la corriente educativa —sea ella espontánea o sistemática—. La educación nace con el individuo, muriendo con él.

Este capítulo sobre “El Sujeto de la Educación”, contiene valiosas observaciones relacionadas con el desenvolvimiento del individuo, y se pueden comprobar las innegables influencias que este desenvolvimiento tiene sobre el proceso educativo. Entrar a detallar las diferencias entre un niño y un adolescente, es obvio. Son dos mundos totalmente opuestos. Por esto, la educación inteligente debe hacer un distinguido riguroso entre los procesos educativos destinados a una u otra etapa de la vida. Figuras eminentes de la pedagogía llamaron ya la atención sobre este hecho. Federico Froebel, el padre de los niños, dijo que, sin el amor, la paciencia y la tolerancia para con ellos, no era posible ninguna educación, y enunció sus tres postulados: 1.º el niño aprende mediante una actividad constante, manual y mental; 2.º el niño, para aprender, se pone en relación con los demás: no es un sujeto aislado en el mundo. La expresión motora se proyecta, pues, en el orden colectivo; 3.º los objetos físicos, como la esfera, el cubo, son verdades universales, y, por ende, de fácil comprensión para el niño.

Estos fueron los tres enunciados de ese visionario del siglo XIX, fundador del kindergarten y padre espiritual de María Montessori y Decroly. La primera —mujer genial— parte del concepto de disciplina. ¿Se puede exigir al niño disciplina, entendiéndolo por disciplina, obediencia, sumisión, pasividad, benevolencia y respeto? Exigir tal actitud a un niño, es un absurdo. Disciplina significa fuerza interior, voluntad de aceptar un hecho y de conformarse con una situación. El niño, en cambio, está sujeto a una voluntad ajena y superior. Está encadenado al adulto. Y es obediente y sumiso sólo por la fuerza de las circunstancias. De tal manera que el equilibrio y la serenidad espirituales en el niño, son productos de un constante ejercicio, libremente ejecutado. La escuela Montessori da al sujeto la oportunidad de expresarse con libertad... Y es este hecho, tal vez, el que ha determinado el triunfo de la escuela Montessori. Además, ofrece al galopín toda oportunidad para conocer de cerca a la naturaleza y dominarla, lo cual significa verdadera instrucción.

Llega después Decroly, otro enamorado de los niños, y rompe definitivamente el absurdo y hermético plan de estudios. Crea, en su lugar, los centros de interés, que nacen de la necesidad del niño de adquirir conocimientos relacionados con su existencia: nutrirse, luchar contra la intemperie, jugar, educarse.

El adolescente es otro mundo, total y absolutamente opuesto. La adolescencia derrumba y trastrueca formas y valores, cambia caracteres físicos y mentales. En ella, muere el ser en formación, y es reemplazado por el adulto, seguro de sus fuerzas. Constituye pues, un segundo nacimiento, una “vita nuova”, como dice el Dante.

La educación debe también adaptarse a esta edad de crisis. Debe evitarse el recargo de trabajo intelectual.

tual. El trabajo en comunidad, favorece el desarrollo de fuertes individualidades. El alumno adquiere la noción de la responsabilidad social... Y debe adquirir también las primeras nociones sobre la vida sexual. Sin prejuicios, sin hipocresías, sin esa estulta cortina que trata de ocultar todo lo relacionado con la vida sexual, debe darse al adolescente —ávido de conocimientos— una saludable visión de los hechos de la naturaleza que lo alejen del prostíbulo y de los placeres solitarios, y lo hagan un sujeto sereno e íntegro en su vida física y espiritual. La educación sexual se impone como salvación nacional.

Más adelante, el libro "Nuestros alumnos" del prof. Mussa, abunda en conceptos sobre la enseñanza desvitalizada, sobre el Liceo y la Universidad, y sobre otros temas de positivo interés para la educación nacional.

Invitamos a nuestros compañeros a la lectura seria y meditada de esta obra, que constituye un timbre de orgullo para la educación chilena. Seguramente, obtendrán de esta lectura valiosas ideas y se formarán una visión general de esta educación nuestra, tan poco enjundiosa hoy en día.

Mario Céspedes.

"LOS CAMPESINOS Y OTROS CONDENADOS" de Serafín Delmar. (Edición Orbe, 1943).

La Editorial "Orbe" ha publicado un libro del sacrificado poeta peruano Serafín Delmar. De quien tenemos aún vivo el recuerdo de sus 10 años de tormento en las mazmorras del Perú y la solicitud que hicieran los escritores y políticos del continente para conseguir su libertad. Ahora brinda a Chile una colección de relatos campesinos, escritos, mucho antes de ser recluso al ignominioso encierro de que se le hizo víctima.

Su leit-motiv en este libro es el "hombre-tierra", el mismo que inspira "La Tierra es el Hombre" y "Sol: Están destruyendo a tus Hijos". El hombre del Ande, de la sierra, del campo. El campesino miserable y hambriento en permanente tragedia e ignorancia. El agricultor indio añorando siempre la tierra perdida y buscando el camino seguro de recuperarla.

El nombre del primer relato, "Los campesinos y otros condenados", sirve de título al libro. Se anunciaba en el Perú desde hace mucho tiempo. En un opúsculo que la editorial "Claridad" de Buenos Aires, dedicara a Delmar en homenaje

a su libertad, leímos prematuramente algunas páginas.

En este libro, la familia campesina —niños, mujeres y hombres—, está retratada en la inmensidad de su dolor, de su lucha y de su esperanza. Aparece la comunidad indígena hostilizada por el blanco y, también, por el mestizo. Expropiada y explotada por el gamonal, el cura y el gobernador.

Serafín Delmar, siente un entrañable y justiciero amor por el indio peruano. Lo siente con dolor de lucha, de prisión y de destierro. Lo comprende, lo interpreta, lo define. "Los campesinos, dice, son los más desolados de la tierra, nada tienen sino la tristeza de las nieves perpetuas. Insondables, porque nada poseen. Nada pueden tener que no les quite el patrón. Hasta se casan con mujeres feas para poder conservarlas".

La tragedia del indio es la tragedia del auténtico Perú. Porque el indio es el que cultiva la tierra, el que labora las minas, el que sirve en el ejército y en la policía y que sin embargo nada tiene y nada sabe... Por esto, el cuento, la novela, la

poesía, la música, la pintura, la política, todo tiende al indio con la intención de levantarlo y de reivindicarlo. Serafín Delmar que "es un pájaro que anuncia la tempestad" — como él mismo define a los poetas—, nos trae en "Los campesinos y otros condenados", el anuncio de la no lejana rebelión campesina del Perú...

Los 19 cuentos que componen su libro, de color y sabor serranos, llenos de reflexiones y enseñanzas, en lenguaje claro y matizado de bellas figuras literarias, constituyen un aporte más a la bibliografía aprista y un indiscutible enriquecimiento al cuento peruano e indoamericano.

A. H. U.

EL GRAN VECINO de Manuel Seoane. (Edición "Orbe", Santiago, 1943).

Así, con este sugestivo título, el conocido político y periodista peruano, Manuel Seoane, ha dado a publicidad un libro que compila las crónicas que escribiera en su viaje a los Estados Unidos de Norteamérica el año pasado.

La crítica ha aplaudido en general este nuevo libro de Seoane. Hoy como en 1940 con su "Nuestra América y la Guerra", plantea algunas cuestiones fundamentales para el porvenir de América. No lo hace ahora como entonces en el tono polémico tan connatural a su personalidad política. Lo hace en un estilo periodístico, ágil y ameno, sin descuidar la estadística ni el vaticinio.

Manuel Seoane es un periodista profesional y un político por vocación. Como periodista tiene el don de la observación y de la perspicacia y como político el de la intuición y el de la oportunidad. Esta su doble cualidad ha hecho que en su libro se resuman noticias, se engarcen conceptos y se sugieran proposiciones de palpitante actualidad.

El Camino —la primera parte de "El Gran Vecino"— es el paisaje de la urbe norteamericana. Es el diálogo con Nueva York, Washington, Los Angeles, Chicago y Detroit, Denver. Es el diálogo —y a veces monólogo— ante la majestuosa edificación del industrialismo norteamericano.

Algunos Transeúntes —segunda parte— es el retrato del Hombre

del Norte, o lo que es lo mismo, de Hombre Universal. Desfilan Roosevelt, Wallace, Chaplin, Ludwig, Disney, Garfield y, también, el indoamericano Ciro Alegría. Desfilan todos, aunque con actividades diferentes y temperamentos diversos en función de América y del bienestar general de la colectividad.

Las tercera y cuarta partes del libro —América en la Encrucijada—, constituyen la interpretación de las realidades actuales y de las posibilidades futuras de los Estados Unidos del Norte y de los Estados Desunidos del Sur. Señala y plantea aquí algunas conclusiones y proposiciones que han sido anotadas ya por el destacado político chileno, Carlos Dávila, en un comentario que hiciera recientemente a "El Gran Vecino"

En "Nuestra América y la Guerra", Seoane, sostenía con valentía y antelación, el "abierto entendimiento con los Estados Unidos, sobre bases de equidad y de justicia". Esto es, sobre la base previa, de nuestra UNION indoamericana o latinoamericana. Enjuiciaba además la política neutralista de muchos gobiernos de entonces —incluso el de los Estados Unidos— y, planteaba la necesidad de tomar bando en la contienda universal trabada entre el Totalitarismo y la Democracia. Subrayaba, asimismo, la urgencia de la unidad de la América morena.

En "El Gran Vecino" sostiene ahora, fundadamente, el triunfo de

las Naciones Unidas, la liquidación del liberalismo económico, la organización unitaria del mundo y el advenimiento del Siglo del Pueblo como consecuencia de esta guerra. Crítica a la Buena Vecindad en cuanto ella significa pacto con los dictadores y los tiranos criollos y, la aplaude, en cuanto ella implica una "abierta solidaridad democrática" continental.

Seoane, reafirma la tesis de Haya de la Torre del "Interamericanismo Democrático sin Imperio" y, fija

las grandes confederaciones primarias de la integración continental indoamericana.

"El Gran Vecino" es un libro serio a pesar de su agilidad y un libro profundamente político a pesar de su estilo. Tiene la bondad de estar escrito en un castellano standard y de servir para clarificar muchas dudas y para mantener algunas reservas en la política de la Buena Vecindad . . .

A. H. U.

EL PSICOANALISIS AL SERVICIO DE LA EDUCACION

Desde el instante en que el insigne Sigmund Freud, dió a conocer sus exploraciones por la ignorada jungla del subconsciente, dando con ello remedio certero a males que se creían incurables, las investigaciones sobre la psiquis fueron el tema favorito de la época y se creyó que con ello se había descubierto la ansiada "panacea universal".

Nada de extraño hay en ello. El nuevo método de auscultación íntima, el Psicoanálisis, no hacía sino seguir el mismo camino de todos los grandes descubrimientos científicos: salir del círculo estrecho del laboratorio o del gabinete para ir a caer a los brazos ansiosos de las masas, que en cada uno de esos descubrimientos, creen ver la cura para sus males eternos.

Comenzó entonces la era del Psicoanálisis, llevado y traído por todos los ámbitos del vivir humano: aplicado aquí y allá, sin límites ni barreras y produciendo con ello seguramente, más mal que bien.

Hasta que un día, cansados los hombres de no recibir los frutos que, en su error esperaban obtener, comienzan a dejarle olvidado en el desván de sus deshechas ilusiones. De allí el científico lo vuelve a tomar, lo limpia y pule, le devuelve su verdadero brillo y lo aplica cuándo y cómo debe, obteniendo los frutos deseados con él.

Hoy, después de varias décadas, el Psicoanálisis toma el verdadero carácter que Freud le imprimió. Si sabemos hacer uso de él, tendremos un arma poderosa que ayudará en el difícil trabajo que significa adentrarse en el laberinto del alma humana.

En el campo médico y en el campo criminológico, los resultados de su aplicación han sido bastante halagüeños.

En el campo pedagógico, a pesar de que constituye un efectivo auxiliar para el más perfecto desenvolvimiento del proceso educacional, en lo que respecta a nuestro país, podemos decir que el Psicoanálisis no ha sido tomado en serio, sino por muy contados maestros. El grueso de nuestro cuerpo docente, sonríe socarronamente cuando se habla de las pruebas psicoanalíticas y desdeña esos preciosos métodos con los que es posible atisbar el alma del niño, del adolescente o del adulto.

Bien es cierto que para los antiguos métodos de enseñanza —para los Pasos Formales de Herbart— el alumno desempeñaba un puesto totalmente pasivo dentro del proceso educativo. Lo principal era el maestro, y sólo el maestro. De allí que conocer al alumno resultara algo que estaba totalmente fuera de lugar, mejor dicho, era tarea innecesaria.

La Escuela Nueva propone otro ritmo. Allí el material humano, el niño, el educando, ocupa el primer plano, es la materia activa, decide el asunto. Subordina el problema educacional a sus propias posibilidades, recursos y aptitudes.

Mirada la cuestión desde este nuevo ángulo, resulta el conocimiento del Psicoanálisis casi indispensable para todo maestro que se precie de tal. Hora es ya, que las pruebas mioquínéticas de Mira y López y las Láminas Rotscharch dejen de ser un misterio para nosotros.

Para hacer un análisis psíquico de un niño, basta a veces con las sencillas pruebas de la "Donación de Sangre" o del "Bombón Envenenado", de que es autor el notable psicólogo catalán Emilio Mira y López. A nosotros nos interesarán por sobre todo, aquellas pruebas destinadas a escudriñar la psiquis en el punto álgido del existir humano: durante el período de la adolescencia. En esta época, que se ha dado en llamar "edad ingrata" y que es la que, casi siempre, va a decidir el resto de la vida del hombre, se impone al maestro, más que nunca, la difícil tarea de hacer un estudio de cada uno de sus alumnos que en ese instante viven aquella etapa que el psicólogo Anibal Ponce llama "el drama de la adolescencia".

Aquí, el Psicoanálisis juega uno de sus más importantes papeles, ya que este método sirve ante todo como un medio de aliviar males. Penetra en el campo patológico y es excelente medida terapéutica. Y la adolescencia, con sus altibajos, sus antinomias y sus extrañas alternativas, si bien no es por sí mismo un estado anormal; reúne condiciones, se asemeja hasta casi confundirse con los estados psicopatológicos. De allí que no sea raro que de esta etapa de la vida arranquen casi todos los vicios que más tarde van a ser verdaderas taras en la vida adulta.

Lo mismo diremos de la mayoría de las enfermedades mentales que afectan a los adultos y cuyo origen sólo puede imputarse al ambiente que rodeó al individuo en su época juvenil y a los que gravitaron sobre su formación en la "edad ingrata".

De allí que esa verdadera técnica dada por Freud, que sirve para sacar del subconsciente hechos lejanos, ignotos, que parecían olvidados y desterrados del ser para siempre y traerlos hasta la conciencia, a fin de que no continúen actuando solapadamente contra el individuo, sea un medio de desprender del adolescente en época oportuna lo que más tarde llegaría a constituir una verdadera carga psíquica inexpulsable.

Es muy posible que algunas pruebas destinadas a la exploración mental, no hayan dejado satisfechos a los que comenzaban a preocuparse por el psicoanálisis, debido al carácter de ellas, ya que trataban de encasillar la personalidad del individuo dentro de ciertos marcos dados. Hoy día la Psicología se ha ampliado en este sentido considerablemente. Ha salido del campo puramente teórico. Comienzan a abandonarse los métodos de Psicología experimental de laboratorio, para valerse en cambio, de la observación directa de cada individuo, y como lo ha hecho notar don Arturo Piga, para el estudio de la Psicología de la edad juvenil este método de observación directa es el que nos da conocimientos más precisos y está al alcance de todos los maestros.

Esta observación puede hacerse por medio de interrogatorios inteligentes, cuestionarios, biografías, etc.

Hay que evitar, por sobre todo, aplicar una técnica estereotipada. Lo que va a jugar aquí un rol importante es el propio interés del maestro, su tacto y la inteligencia que emplee en toda su acción experimental.

Lelia Garreaud.